

EL LABERINTO Y EL HILO

Tres siglos: Juventud y vida

Por Sebastián SALAZAR BONDY

"Todas las instituciones permanentes —reza una nota en el prospecto que acompaña a los programas de la Comedia Francesa— tienen el privilegio de ser atacadas permanentemente. Hay que señalar que la vigilancia, a veces sombría, de amigos y no amigos que espigan cada una de sus obras, constituye un fermento de juventud y vitalidad. ¿Cómo podría esclerosearse, pese a sus trescientos años, esta casa que, obrera, poeta y guía a la vez, trabaja noche y día; que emplea a fondo a sus comediantes, sus colaboradores y sus jefes; que no puede tomarse el tiempo de respirar sin ser acusada de inmovilidad; que no puede equivocarse sin ser tachada de senilidad, y cuyos actos, voluntarios o no, son juzgados dentro y fuera con un rigor despiadado?" He aquí una profesión de fe, una protesta de confianza en la tradición, un espíritu que desde su sitio regio infunde a la Comedia Francesa la presencia inasible y evidente de Molière, los cuales constituyen una de las muchas lecciones, y no la menor, de esa institución secular del arte dramático galo cuya embajada acoge cordialmente Lima. Por encima o más allá del valor artístico de sus representaciones y de la labor de salvaguarda y conservación de la gran heredad teatral de Francia y el mundo entero,



la Comedia es un pilar incommovible de la cultura del gran país europeo. Estabilidad, estabilidad que se origina en raíces profundas cuyo alimento son la historia y el pueblo, se llama esa virtud.

Lo dice el cronista a propósito. Que una entidad que depende del Estado, que es patrimonio de la nación, tenga su fecha de fundación en 1680, y que dicha institución se jacte de gozar plenamente de una renovada juventud y de una infatigable vitalidad, demostrándolas además con los hechos, es para nosotros de una ejemplaridad extraordinaria. Porque si algo distingue a América de Europa no es tanto la cultura en sí —la que, a la postre, recibimos y cultivamos como legado legítimo— sino la provisionalidad que entre nosotros caracteriza a los órganos de esa cultura. La madurez de nuestros países debe medirse, más que por los edificios inmensos, las cuantiosas operaciones financieras, las ostentaciones prácticas en el orden material, etc., por la firmeza en que se fundan las entidades en donde el saber y la inteligencia, el arte y la ciencia, son objeto de reverencia colectiva, oficial y popular. Triste, vergonzoso resultado daría para el Perú una investigación acerca de la cultura realizada en base a dicha cualidad.

No es por azar ni capricho que el 24 de octubre de 1658 el rey Luis XIV consagrara a Molière y diera comienzo a la vida de este teatro cuya "troupe" veremos en nuestra ciudad. La autoridad comprendió bien el sentido de la empresa dramática, a la que acordaba un sentido harto concluyente en el decreto respectivo: "La Comedia Francesa —ordenaba en él— debe realizar jiras en Francia y en el extranjero". Tres centurias más tarde, cuando infinita agua ha corrido bajo los puentes y mucha sangre ha sido derramada por la transformación del mundo, la Comedia continúa cumpliendo esa disposición que, sin duda alguna, no emanó de un simple estado de ánimo, de un gusto pasajero o superficial. Y continúa cumpliéndola a lo largo de todos los caminos, extendiendo su ruta hasta las antípodas del París en donde "Le Roi Soleil" pusiera su rúbrica. Ya el, que era el Estado mismo, supo que la misión del Estado incluía amparar la ilustración y divulgarla hasta donde fuera posible, empapar con ella el alma de las gentes comunes. Aquí, en tanto, en pleno siglo XX, cuando el Estado es —o debe ser— la esencia misma de la nación, se regatea a todo lo que es cultura —teatros, museos, conciertos, pintura, etc.— los centavos que un presupuesto manirroto para todo lo superfluo, les acuerda como mendrugos.

Digno de seguir, pues nunca es tarde, el paradigmático caso de la Comedia Francesa. Ella ha sido comparada justamente a Penélope rehaciendo incesantemente la trama del arte y el humanismo. Cada generación de Francia la ha visto recuperar del olvido el mito poético, que es la sustancia de su mocedad eterna y su esplendorosa existencia.